

materiales de ínfima calidad. Fuentes jurídicas y humanitarias advierten, desde la isla de Lesbos, de que ante la gran demanda de embarcaciones de goma para cruzar el Egeo, estas mafias pusieron en marcha la producción de botes tipo *zodiac* para poder abastecer a los traficantes turcos. En octubre se alcanzó el récord de más de 100 llegadas de lanchas a la isla de Lesbos en un día. Allí se dirigían precisamente 39 refugiados —entre ellos cinco niños— de nacionalidad siria, afgana y birmana, ahogados ayer en otra jornada negra.

Según *Financial Times*, en una llamada telefónica interceptada por la policía a Salvatore Buzzi, un antiguo activista social de izquierda que pasó tiempo en la cárcel por un asesinato en la década de los 90, comentaba: «¿Tiene alguna idea de lo mucho que estoy ganando con los inmigrantes? Las drogas son menos

**«Creemos que muchos centros están involucrados en varias ciudades»**

**Pueden proveer a los traficantes turcos de salvavidas falsos y lanchas semirrígidas**

**Usan a los hombres como correos de la droga y a las mujeres como prostitutas**

rentables». El montante del negocio es enorme: 170.000 llegados sólo a Italia, un millón de personas si se amplía el foco a toda Europa. Muchas bocas que alimentar.

Por eso otro de los negocios que han puesto en marcha: la venta de botellas de agua y bocadillos, a precio de menú en los Campos Elíseos, en los diferentes pasos de su ruta hacia Europa central. O tarjetas de móviles. O la necesaria ropa de invierno para aquellos que lo perdieron todo en el Egeo. Hay familias que pagaron por abrigos, bufandas y gorros ya usados, vendidos por mafiosos y oportunistas, fuera de los campos de tránsito de inmigrantes, cuando en el interior de esos centros Unicef proporcionaba prendas invernales de forma gratuita y de primera mano.

Las mafias también mantienen contacto con los narcoyihadistas del norte de África, como Mohamed Badawi Hassan Arfa, un conocido traficante con el que comparten el negocio de la cocaína y el tráfico de personas. Según la policía italiana, estas mafias usan después a algunos hombres inmigrantes como correos de la droga y a las mujeres como prostitutas.



El empresario Ignazio Cutrò, franqueado por sus dos guardaespaldas en Roma. MÓNICA BERNABÉ

## «Cosa Nostra no olvida»

**Un empresario que se negó a la extorsión de la mafia describe la vida de peligro y aislamiento que espera a quienes se rebelan contra ella**

MÓNICA BERNABÉ ROMA

Propone que nos encontremos en un bar delante del Ministerio del Interior en Roma, y solicita que le envíe por *e-mail* mi identificación de periodista. «Es que iré con la escolta», se justifica. Ignazio Cutrò es un empresario siciliano que dijo *no* a la mafia. O sea, que se negó a la extorsión de la Cosa Nostra y ahora tiene que ir a todas partes con dos guardaespaldas. Él y su familia.

Ya lleva así siete años, desde 2008, y deberá seguir igual durante el resto de su vida porque, advierte, «la mafia no olvida». «Nos asesinarán en el momento en el que el Estado nos abandone», asegura convencido.

Cutrò se presenta a la cita acompañado de dos *carabinieri* vestidos de civiles y con gafas de sol oscuras. El empresario apura un cigarrillo antes de entrar en el bar y ya en la calle empieza a hablar a borbotones, como si le faltara tiempo y palabras para explicar toda su historia. Uno de los dos guardaespaldas accede primero al establecimiento, y después da indicaciones a Cutrò para que entre.

«La mafia no me llegó a pedir dinero», contesta el empresario cuando se le pregunta la cantidad que la Cosa Nostra le exigía que

pagara. «Yo soy muy cabezón y no cedo. Contactaron conmigo, pero yo no quise hablar con ellos», relata. Y susurra, como si alguien le pudiera oír: «¿Por qué tengo que pagar sobornos? Yo pago mis impuestos al Estado. No tengo que pagar a nadie más». Así que Cutrò no desembolsó ni un solo euro, pero la mafia le hizo la vida imposible.

El 10 de octubre del año 1999 le quemaron los camiones, las excavadoras y otras máquinas de su compañía, que se dedicaba al movimiento de tierras, construcción de casas y carreteras. Pero él no quiso dar su brazo a torcer: compró tanto nuevos vehículos como nueva maquinaria.

La Cosa Nostra volvió a quemárselo todo, a robarle gasolina, a lanzar botellas incendiarias contra su casa, y a enviarle cartas de amenaza asegurando que matarían a su familia.

«Intentan destruirte psicológicamente, darte miedo», narra Cutrò, que revela que atentaron contra su empresa 32 veces. Las tiene bien contadas.

En 2006 la policía abrió una investigación, y dos años más tarde cinco personas de la familia siciliana Panepinto fueron detenidas y condenadas a tercer grado por la extorsión y ataques al empresa-

rio. El Estado le ofreció a él entrar en un programa de protección.

«Existen dos tipos de programas. El denominado de localidad protegida. Es decir, te trasladan a ti y a tu familia a otra ciudad, cambian tu identidad, te dan una casa y te pagan una mensualidad durante al menos cuatro años hasta que consideran que ya no corres peligro. Entonces dejas de cobrar ese dinero, y te abonan una indemnización por los daños

**«Nos asesinarán en cuanto el Estado italiano nos abandone»**

**«¿Por qué tengo que pagar sobornos? Soy siciliano y no me moveré de aquí»**

**La mafia llegó a atentar contra su empresa hasta en 32 ocasiones**

morales sufridos y para que teóricamente rehagas tu vida, pero sin poder regresar a tu lugar de origen», detalla Cutrò.

«La otra alternativa es quedarte donde vives. No te pagan ninguna mensualidad, pero al menos mantienes tu identidad y te ponen una escolta que te vigila noche y día», sigue explicando.

Ésa es la opción que él y su familia eligieron, dice mientras muestra orgulloso su pasaporte. «Yo me llamo Ignazio Cutrò y me seguiré llamando así. Soy siciliano y no me moveré de Sicilia», sostiene. «No tengo que ser yo quien se vaya de mi tierra. El Estado es quien tiene que sacar a los mafiosos de allí», añade.

Pero vivir con dos personas siguiéndote siempre los talones no es vida. El empresario reside en la localidad de Bivona, un pueblecito de 4.000 habitantes en la provincia de Agrigento, en el sur de Sicilia, y los vecinos no vieron con buenos ojos que fuera a todas partes con escolta. «Cuando entraba en un bar, salía todo el mundo», describe.

Su mujer, su hijo Giuseppe, que ahora tiene 26 años, y su hija Verónica, de 23, también empezaron a llevar guardaespaldas a partir de 2011. Cada uno, dos *carabinieri*. Además Cutrò se mueve en coche blindado y su casa cuenta con videovigilancia. Todo pagado por el Estado italiano.

«Poco a poco nos empezamos a quedar solos, aislados. Perdimos todos los amigos de la noche a la mañana», lamenta. «Los únicos que se quedaron a nuestro lado son las personas que nos escoltan, los *carabinieri*, y sus familias. Tenía razón Giovane Falcone cuando decía que no se muere sólo de mafia, se muere también de soledad», murmura citando al famoso juez antimafia, asesinado en 1992.

Cutrò creó en 2013 la Asociación Nacional de Testimonios de Justicia, que reúne a comerciantes o empresarios como él que se negaron a la extorsión de la Cosa Nostra o fueron testigos de un asesinato de la mafia y ahora sus vidas corren peligro.

También se ha convertido en un asiduo de los medios de comunicación italianos y de organizar protestas a favor de los derechos de las personas perseguidas por la mafia.

«Al menos yo lo puedo hacer», declara con vanidad. «Quien cambia su identidad, vive con miedo, como un fugitivo», argumenta. La asociación exige «dignidad» para las víctimas y que se les pague una indemnización por el daño moral de tener que vivir con vigilancia permanente.

Ignazio Cutrò está seguro de que el Gobierno italiano le retirará la escolta un día y que entonces le matarán. «Sólo espero que me asesinen a mí primero y que el Estado no cometa el error de abandonar a mi familia». Es su único deseo.